

# el católico ante las elecciones

**E**N nuestra editorial de julio pasado ("Estudios" número 535) bajo el título "Política y conciencia cristiana" enfrentábamos el hecho político en sus implicaciones con la conciencia cristiana. Allí tendíamos las líneas generales de lo que sería la actitud del ciudadano católico en su concepción e, incluso, en la posible conducción, de la "polis". A esas ideas remitimos a nuestros lectores para nuestra actual reflexión. No queremos repetirnos; tampoco divagar en una excesiva abstracción. La realidad actual es demasiado acuciante y el hecho electoral demasiado próximo —esperamos— como para planear teorizando. Naturalmente no pretendemos dar normas concretas de acción política, ni nos corresponde. El católico es libre en la emisión de su voto, dentro de los límites que su Fe, su conciencia y ocasionalmente —volveremos sobre esto— su jerarquía respectiva determinan.

Quisiéramos volcar nuestra reflexión sobre ese minuto único de la persona en la soledad del cuarto oscuro. Para la conciencia cristiana el hecho es tremendamente significativo y no considerarlo así involucraría irresponsabilidad o, al menos, inmadurez en el sujeto.

Procuraremos que nuestro análisis parta de la realidad y avance guiado por la luz de la ética política, actualizada por el magisterio de los pontífices.

Nuestra realidad, por otra parte, con su movilidad en constante cambio, no nos permite prever cuál será la situación al aparecer la presente entrega de la Revista, ni las posibilidades reales de cada uno de los candidatos o partidos. Expondremos los principios que deben orientar en unas elecciones normales. La adaptación al momento no se puede anticipar en nuestra fluctuante política. Es trabajo personal y cotidiano para la conciencia cristiana.

## I. — SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Para el ciudadano —y más si es creyente— el derecho al voto involucra, por regla general, su correlativo deber de emitirlo. Peregrino hacia la eternidad, el cristiano no puede desentenderse del contorno total de su peregrinación. Hace poco lo recordaba S. S. Juan XXIII en la Encíclica "Pacem in terris": *Es una exigencia de la dignidad personal el que los seres humanos tomen parte activa en la vida pública, aun cuando las formas de participación en ella están necesariamente condicionadas al grado de madurez humana alcanzado por la Comunidad política de la que son miembros*" (Enc. "Pacem in terris"; pág. 19, ed. "El Observador Romano", Bs. As.)

En las democracias de sufragio universal, como es la nuestra, esa exigencia se llena, entre otros medios, a través del voto. Normalmente la exigencia será un deber para la conciencia católica.

Casi no existe hoy en la tierra un sólo rincón en que el enfrentamiento político no esconda simultáneamente un desafío ideológico-religioso. El materialismo ateo o el liberalismo deshumanizante están vigentes a través de los más diversos rótulos políticos. En tales casos el voto es una obligación para la conciencia cristiana. Lo recordaba S. S. Pío XII: *"Es casi innecesario recordarnos que, cuando se trata de los fundamentos morales de la familia y del Estado, de los derechos de Dios y de la Iglesia, todos, hombres y mujeres, cualquiera sea su clase o su condición social, están estrictamente obligados a hacer uso de sus derechos políticos poniéndolos al servicio de la buena causa"* ("Alocución a los obreros católicos", 15-VIII-45).

Es menester decirlo también con claridad: el católico que antepone un capricho de partido a las exigencias de su moral, claudica de sus principios. Nadie tendrá después derecho de lamentarse si minorías antidemocráticas o anticristianas asumen el poder. Cada uno de nosotros, por su desidia, sería, aisladamente tomado, un inofensivo granito de maíz que cae sobre el

cuerpo lacerado de la República; una insignificancia; pero ¿pensamos que millones de granitos que caen simultáneamente destrozan al cuerpo más fornido? Seríamos para la Nación un conjunto asesino de inofensivos granos de maíz.

## II. — ¿POR QUIEN VOTAR?

El problema más serio para el católico decidido a cumplir su deber cívico suele radicar en la elección de los candidatos o partidos. Muchos ansiarían que la Iglesia decidiera por ellos; otros, en nombre de su libertad, rechazan cualquier ingerencia de la jerarquía eclesiástica.

El tema es delicado y conviene puntualizarlo. Por una parte es cierto que la Iglesia no tiene jurisdicción en lo político. La frase de León XIII es inequívoca: *"Dios ha dividido el cuidado o el gobierno del género humano entre los dos poderes: el eclesiástico y el civil, estando uno encargado de los intereses divinos y otro de los humanos. Cada uno de ellos es supremo en su esfera; cada uno tiene límites definidos y determinados por su propia naturaleza y su propia e inmediata razón de ser"* (Enc. "Inmortale Dei A.A.S. - 18, 1885).

En este sentido es absurdo que el votante espere consignas de la Iglesia. Ella no ultrapasará jamás los límites que no son suyos. Y si la Iglesia no lo hace, mucho menos podrá un católico —o un núcleo de católicos— pretender presentarse como la única expresión cabal de catolicismo. Y sin embargo, por paradójico que parezca, la política, sobre todo en los países latinos, no es independiente de la moral y la religión. Quizás en algún país la política se circunscriba a lo puramente técnico. En tal hipótesis el problema religioso quedaría marginado. Entre nosotros cada partido se vertebraría con una ideología moral y religiosa propia. Lo que podríamos llamar "partido técnico-administrativo", de hecho, no existe. Se ve entonces cómo cada acto electoral plantea un problema moral-religioso de fondo: concepto de la persona humana, de la sociedad, del



bien común, de los medios lícitos e ilícitos. Es decir, se ponen en juego los valores morales y religiosos de base. De aquí la inaceptabilidad de ciertos partidos políticos. Está fuera de duda que un católico no podrá apoyar jamás a partidos cuyo contenido doctrinal esté en pugna con sus principios morales religiosos. En este sentido el materialismo ateo o el liberalismo filosófico son inaceptables. *"Ciertamente —dice Juan XXIII— no puede ser aceptada como verdadera la posición doctrinal de aquellos que erigen la voluntad de cada hombre en particular o de ciertas sociedades, como fuente primaria y única de donde brotan derechos y deberes y de donde provenga tanto la obligatoriedad de las Constituciones, como la autoridad de los Poderes Públicos"* (*"Pacem in terris"*, pág. 19, ed. citada).

Del contenido ideológico de los partidos, llamémoslo así, deriva el derecho de la Iglesia a fijar ciertas normas cuando lo juzgue necesario para el bien común. Estas normas estarán siempre demarcadas claramente por sus aspectos morales y religiosos, nunca por intereses partidistas o concepciones técnicas de conducción.

Esto no excluye que, en determinados momentos y en circunstancias específicas, la colaboración con esas tendencias, no ya en un orden doctrinal sino en vistas a un fin práctico de bien comunitario —social, económico, cultural o político— pueda ser aconsejable. Pero esto solo puede darse de acuerdo a una recta jerarquización de valores y a una prudente apreciación de los hechos. *"Teniendo presente esto, puede a veces suceder que ciertos contactos de orden práctico, que hasta aquí se consideraban como inútiles en absoluto, hoy por el contrario sean provechosos, o puedan llegar a serlo. Determinar si tal momento ha llegado o no, como también establecer las formas y el grado en que hayan de realizarse contactos en orden a conseguir metas positivas, ya sea en el campo económico o social, ya también en el campo cultural o político, son puntos que sólo puede enseñar la virtud de la prudencia, como reguladora que es de todas las virtudes que rigen la vida moral tanto individual como social. Por esto, cuando*

*están en juego los intereses de los católicos, tal decisión corresponde de un modo particular a aquellos que en estos asuntos concretos desempeñan cargos de responsabilidad en la comunidad, siempre que se mantengan, sin embargo, los principios del derecho natural al par que la doctrina social de la Iglesia y las directivas de la autoridad eclesiástica. Porque nadie debe olvidar que a la Iglesia es a quien compete el derecho y el deber no sólo de tutelar los principios de la fe y de la moral, sino también de prescribir autoritariamente a sus hijos, aun en la esfera del orden temporal, cuando se trata de aplicar tales principios a la vida práctica ("Pacem in terris", pág. 35).*

Fuera de tales casos el abanico de posibilidades se abre indefinidamente para el católico al emitir su voto. Desde el partido que pueda autodenominarse "católico" pasando por aquellos que sin rotularse tales beben sus principios en la moral cristiana, hasta aquellos que, sin esas características, no están en pugna con sus principios, la gama de opciones es enorme.

¿Qué principios deben regir, en todos estos casos, la conciencia del votante católico, que no sólo ansía proceder bien sino convertirse en un eficiente elemento para la Sociedad?

### III. — EL BIEN COMUN

El eje central que debe regir la elección del cristiano al emitir su voto es el del "bien común". Si, como afirma la encíclica "Pacem in terris" —siguiendo las líneas maestras de León XIII—, "la consecución del bien común constituye la razón misma de ser de los Poderes Públicos", es evidente que el ciudadano debe apoyar a aquellos hombres o partidos capaces de promoverlo eficazmente: "Todos los hombres y todas las entidades intermedias tienen obligación de aportar su contribución específica a la contribución del bien común" ("Pacem in terris", pág. 14).

¿Qué significa "bien común"? Lo sintetiza agudamente la encíclica "Mater et Magistra": "Consiste y



*tiende a concretarse en el conjunto de aquellas condiciones sociales que consienten y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de su propia persona".* Y en "Pacem in terris" explicita la proyección de este principio: *"Ahora bien, el hombre que se compone de cuerpo y alma inmortal, no agota su existencia ni consigue su perfecta felicidad en el ámbito del tiempo; de ahí que el bien común se ha de procurar por tales procedimientos que no sólo no pongan obstáculos, sino que sirvan igualmente a la consecución de su fin ultraterreno y eterno"* (pág. 15).

Es decir, el bien común es el bien temporal, pero que no impide ni obstaculiza el fin trascendente del hombre. Un partido o candidato cuya gestión política condujera a la eliminación de las libertades esenciales de la persona, a la inmoralidad pública o administrativa, a la injusticia social, no podrá ser apoyado, aun suponiendo que fuera capaz del mayor bienestar material posible. La libertad individual, los derechos de los padres en la educación de sus hijos, la creación de estructuras sociales y económicas que permitan a todos los ciudadanos el goce de los bienes materiales y culturales de la nación, las libertades religiosas, el respeto a las demás naciones, son otros tantos elementos en que se desglosa ese "bien común".

El mismo principio del bien común clarifica un punto que, entre nosotros, suele ser crucial: la fidelidad partidista. Esta fidelidad, laudable en sí misma, no podrá jamás anteponerse al bien común. En unas elecciones no se trata de que triunfe un candidato o un partido porque es "tradicionalmente el propio. También aquí el sacrificio podrá ser necesario para una conciencia que desee proceder con rectitud. La renuncia no será estéril, ya que redundará en el bien de la comunidad total. Aquí conviene tener en cuenta lo que señalábamos en nuestra editorial de julio de 1962. Muchas veces el estratificarse en un partido o en una concepción política puede llegar a constituir un verdadero crimen civil. *"El hecho de la moral política real encarnada, aparece consigo otra consecuencia: no puede*

*haber una política que sea buena de una vez por todas y para siempre. Los cambios políticos pueden obedecer a un turbio maquiavelismo, pero también ser fruto de una mayor profundización de las realidades de la comunidad, a la luz de la política ya vivida.*

*Un buen enfoque político de hoy puede no valer mañana, aunque el fin perseguido sea el mismo. Tempanizarse en política a veces es sinónimo de inmoralidad política, ya que puede involucrar una negativa de dar una respuesta moral a un nuevo problema de la sociedad. El realismo, que puede llevar a las sordideces del oportunismo, puede ser fruto también de una gran capacidad política y de alta moralidad política. Incluso el gran político deberá ser un educador y comenzar no por lo que idealmente sería la mejor, sino por aquel bien que la comunidad es capaz de percibir. De allí irá progresivamente ascendiendo”.*

Esta visión realista del bien común hará incluso que, a veces, no se pueda apoyar con el voto a un partido magnífico en sus ideales, pero que planea en una abstracción desconocedora de las realidades concretas, e incapaz de encarnar sus principios en los hechos. La comunidad concreta y su bien real deberán estar siempre por encima de las ideologías políticas abstractas.

Finalmente, supuesta la aceptabilidad de un partido, deberá tenerse en cuenta la capacidad y honestidad políticas de los hombres encargados de realizar su programa. Partidos perfectos en sus plataformas podrán adolecer de dirigentes capaces, mientras que otros, menos elaborados doctrinariamente, pueden presentar un equipo tal de hombres que lo hagan más recomendable, siempre en vistas al bien total de la comunidad.

\* \* \*

Ya se ve hasta qué punto el simple hecho electoral toca lo más íntimo de una conciencia decidida a proceder con rectitud. No es fácil auscultar, entre tantas tendencias, las pulsaciones de una política sincera, pero nadie está eximido de hacerlo. Será relativamente fácil

saber por quién, desde una visión católica, no es lícito votar; más vidrioso, en cambio, será decidirse entre las posibilidades por aquella más convincente. Creemos que los principios desarrollados aquí, proyectados sobre las realidades partidarias por cada uno de los votantes, podrán esclarecer algo más el panorama. Aún así la fallibilidad humana podrá jugar una triste partida. Las traiciones a principios declarados, la corrupción de candidatos previamente excelentes, etc., son posibilidades cotidianas en el difícil quehacer político.

Lo importante es que cada uno de los votantes haya procedido responsablemente. En tal caso, las siempre posibles tristes decepciones estarán más lejos de convertirse en realidades.

Para una conciencia cristiana no es posible desoír la acuciente exhortación de Juan XXIII en la reciente encíclica "Pacem in terris": *"Al llegar aquí exhortamos de nuevo a Nuestros hijos a que participen activamente en la administración pública, y cooperen al fomento de la prosperidad de todo el género humano y de su propia Nación. Iluminados por la luz del cristianismo y guiados por la caridad, es menester que con no menor esfuerzo procuren que las instituciones de carácter económico, social, cultural o político, lejos de crear a los hombres impedimento, les presten ayuda para hacerse mejores, tanto en el orden natural como en el sobrenatural"* (página 32).

En ese instante único del cuarto oscuro la conciencia cristiana debe tener ante los ojos, no su propio egoísmo personal o partidista, sino a toda la lacerada Comunidad argentina que anhela y merece algo más grande que la triste realidad presente.

*La Dirección*